
La formación del Programa Cultura desde la memoria

Resumen

Los textos que cierran nuestro número especial de aniversario rescatan distintas reflexiones sobre el origen, el desarrollo, la plenitud y la actualidad del *Programa Cultura*. Jesús Galindo habla desde una perspectiva generacional sobre sus percepciones sobre el desarrollo del grupo de investigación, su vínculo con su propio trabajo profesional y su movimiento en diversos escenarios geográficos del país. Jorge A. González habla sobre su experiencia de trabajo en la revista, así como algunas dificultades por las que ha pasado la producción de la publicación, destacando el lugar que ocupa la revista dentro del campo de la Ciencias sociales en México y fuera de México. Finalmente, Angélica Rocha, corazón imprescindible del *Programa Cultura*, relata su visión afectiva desde sus labores logísticas.

Palabras clave: Sociología de la cultura, Proceso editorial, Programa Cultura

Abstract

Our special anniversary edition closes with a text that rescues different thoughts regarding the Program Culture's origin, development, fullness and current situation. Jesus Galindo speaks from a generational perspective on his perceptions on the development of the investigation group, its bond with his own professional work and its movement in diverse geographic scenes of the country. Jorge A. González speaks on his work experience in the journal, as well as some difficulties through which he has passed the production of the publication, emphasizing the place that occupies the magazine within the field of social Sciences in and out of Mexico. Finally, Angelica Rocha, essential heart of the Program Culture relates her affectionate vision from her logistic work.

Keywords: Cultural Sociology, Editorial Process, Programa Cultura

Jorge A. González. Mexicano. Director Fundador de nuestra revista *ESCC* y Coordinador del Laboratorio de Investigación y Desarrollo en Comunicación Compleja del CIICH de la UNAM. Investigador Nacional Nivel III del SNI; jorge@labcomplex.net.

María Angélica Rocha Zamora. Mexicana. Licenciada en Trabajo Social con especialidad en Consultoría Ambiental. Durante doce años fue la Coordinadora Administrativa del Programa Cultura. Gestora Ambiental del Centro Universitario de Gestión Ambiental (CUGA) de la U. de Colima; recicletotal@hotmail.com.

NO HAY IMPOSIBLE

que no pueda ser soñado

Jorge A. González

Los sueños sin trabajo son sueños guajiros

Jorge A. González

Hace veinte años yo vivía en esta universidad. En ese entonces me dijeron los maestros de esta Facultad:

Ni te esfuerces que los estudiantes de esta universidad, todos, pero especialmente los de Letras y Comunicación no atan dos enunciados juntos; no pueden hacer tres renglones sin cuarenta faltas de ortografía por efecto de una cultura “ranchera”... es una cultura oral.

Me insistían: “ni te esfuerces, son unos *güevones*, no leen nada, no leen dos páginas”. Con maestros que piensen eso de sus estudiantes –pensaba–, seguro que son unos imbéciles mentales. Esas alumnas que fueron declaradas idiotas antes de entrar, ahora todas son doctoras, todas tienen sus carreras.

Cuando llegamos a Colima, de cada diez pesos que se gastaban, tres eran para la academia y siete para la administración, aunque hubo una vocación, una buena voluntad de cambiar. Sin embargo no iba a cambiar nada más porque sí: hubo que modificar muchas cosas.

Uno de nuestros proyectos, absolutamente “guajiro”, que teníamos cuando vine a Colima, era mi sueño de la revista. Aquí me dijeron: “¿Para qué? Mejor publica en las revistas internacionales”; nuestra respuesta fue “es que ya publicamos”. Nadie, absolutamente nadie, creía en la revista, nadie daba un peso por este editor, porque además estábamos muy *chavitos*, estábamos iniciando. Pero a base de creer se pueden hacer las cosas y a hacerlas empezando a trabajar.

La primera vez que editamos la revista yo tenía un viaje a Colombia; los textos de la revista estaban listos; había que hacer artículos de primer nivel, de gente de primer nivel del mundo. Había que traducirlos del italia-

no, del inglés, para que otras personas pudieran tener acceso a ellos en una cultura “ranchera”, centrada en lo local. Hicimos una labor larga de traducción del portugués, del inglés, del francés, para que pudiera haber elementos y no nada más sentarnos aquí. Lo que sucedió fue que con el tiempo el proyecto apoyó lo que estábamos haciendo en el Programa Cultura, un programa de investigación que se hizo a contrapelo, rarísimo, extraño. Tan extraño que en las clasificaciones de la producción del campo académico mexicano, aparecían la de dos tristes gatos: Chucho (Galindo) y yo.

Ahora, las estudiantes “chiquititas”, las calificadas como tales, trabajando para formarse, no nada más con satisfacción sino con honor, tienen sus posgrados; todas están en el Sistema Nacional de Investigadores: es un trabajo y un esfuerzo de muchos años.

Durante largo tiempo aquí ni sabían que había revista, ni siquiera en la Facultad; simplemente no era material de lectura. Se empezó a hacer poco a poco gracias a algunas profesoras: se comenzó a leer de poco a poquito. Tuvimos muchos aliados; qué bueno que llegó Verónica (Valenzuela), pero estábamos agobiados porque hacíamos investigación y además había que hacer la revista, y la hacíamos toda.

Antes de subirme al avión me entregaron el número 1 de la revista; estaba hecho todo en cursivas; el esquema más importante del artículo no aparecía; pensábamos que entregábamos el trabajo y se haría, pero entonces había que rehacerlo todo. Fundamos, además, la agencia de distribución “Señor Tlacuache”, a donde íbamos nos llevábamos la revista y así empezamos.

Comenzábamos a generar cosas con condiciones muy difíciles, con salarios bajísimos: “no hay un peso, a ver como le hacen”. La primera computadora que tuve otorgada por la universidad fue a los diez años de trabajar aquí; antes usé la mía evidentemente, o sea, era cuestión de: “Fundación González”, “Fundación Galindo”, “Fundación Valenzuela”. Porque no había recursos o había pero para otras cosas. Nos decían: “¿para qué quieren una revista que leen en Inglaterra?”. De esta revista tengo que decir que los mejores del mundo han publicado aquí; es la única revista que sigue perteneciendo al padrón de excelencia de CONACYT.

¿Por qué? ¿Por qué continúa? No es por la genialidad de no sé quién, sino porque hay un montón de trabajo. Se ha logrado a base de creer en un proyecto que queríamos. Hasta don Alberto Cirese ha publicado; no obstante, siete de cada diez artículos pertenecen a gente que publica por primera vez en su vida académica: los “sin nombre” académicos, gente de todas las universidades del país, de América Latina y de otras partes, gente joven que empieza su carrera académica.

Y nunca fue de *cuates*: “ay compa yo te publico”; de hecho nos ganamos enemistades de académicos internacionales de alto renombre porque les rebotábamos artículos, porque no funcionaban; hubo desde el principio un proceso de evaluación riguroso que nos hizo aprender a hacer las cosas haciéndolas bien, no había de otra.

Es la historia de un sueño que era imposible de ser soñado sin un montón de trabajo, sin organización que dejara crecer a otros, que permitiera crecer a otras, que dejara generar otros sueños. Ahora las nuevas generaciones de estudiantes tienen mejores condiciones; es genial porque nosotros empezábamos esto cuando ustedes no habían nacido. Hay un proyecto que, a pesar de muchos obstáculos, continúa.

Existen muy raros ejemplos de revistas académicas fuera de la Ciudad de México que sobrevivan más de dos años; es un proceso que se acaba porque cambia el rector, porque cambian los *cuates*. Esta publicación ha pasado a través de por lo menos tres rectorados distintos, con estilos diferentes, con modos distintos; fue un proyecto de política académica, un proyecto que puede permanecer a pesar de quien esté en donde esté. Es la historia de un país, de una ciudad, de un estado, de una capital, de un continente, que se inventa cada vez y no, no acumulamos, no tenemos memoria. Mientras más universitarios o amnésicos, de memoria *light* “buena onda”, seamos, seguiremos siendo botana de la globalización. Lo que nosotros globalizamos es la pobreza. Si uno va a Bogotá, a São Paulo, a Venezuela, es el mismo tipo de *pelagatos* haciendo el “tru tru”, vendiendo las mismas baratijas en toda América Latina; el mismo tipo de *perral*, los “sin nombre”, los perros callejeros.

¿Qué tiene que ver esto con la revista? Muchísimo. Toda la revista es el aglutinador de un proyecto académico y de vida, ahí se nos fue una buena parte de la vida. Me queda decir el agradecimiento a Verónica, a Rafael y a toda la gente que ha llegado y que no estaba entonces, porque fue un sueño que empezamos a hacer entre mucha gente. Ahora el sueño ya está hecho realidad: a base de relevos australianos.

¿Qué sigue? La revista va a continuar seguramente y va a ser más cosas. Por primera vez, una mujer egresada, doctora, de la Universidad de Colima, dirige esta Facultad con un proyecto académico. Como vemos, ahora hay condiciones totalmente diferentes; los beneficiarios inmediatos son los alumnos de ahora; créanme que hay mucho que hacer, hay muchas cosas por imaginar, esto es una muestra, es nuestro sueño compartido, pero hay muchas cosas que todavía quedan por conquistarse.

Menciono dos momentos muy importantes. Después de mucho tiempo, conseguimos un apoyo. La revista entraba a impresión después de que la formábamos; una revista académica no sólo tiene que parecer, sino ser

revista académica científica, aparecer a tiempo. Un día llego a verificar cómo iba y me encuentro con que habían parado la revista porque: “es que la novia de no sé que líder de no sé qué asociación... paramos la impresión para sacar la impresión de la tesis de la novia de no se quién”.

No puede ser –contesté–, “¡estamos locos! Eso no se puede parar”. “No pues que vino desde arriba...”, peor para ellos. ¿Qué es lo que hicimos? Conseguimos un apoyo de CONACYT (la única vez en la historia que nos ha apoyado con algo); nos dio ocho mil pesos para comprarnos una computadora y no estar sometidos al “pos ahora dijeron que el primo de la novia del amigo de la hermana del músico que no vino a la fiesta va a imprimir su tesis...”; porque a la revista la defendimos como gatos boca arriba. Llegó el apoyo y, de repente, en aquella época, la computadora la mandan derecho a la Dirección de Publicaciones. Entonces hubo que hacer las aclaraciones pertinentes en tono, digamos, enfático, y al otro día compramos una computadora PC Hewlett Packard, con la que hacíamos la revista en Ventura (pirateado); fue realmente una historia de locos.

Sin embargo, en un viaje externo, de repente, me doy cuenta de que nadie me creía que yo era de la revista: “Y ese *giüey*, ¿quién es?”. La revista era el libro de texto en universidades de Brasil, de Colombia y no lo era por nuestros *cuates*. Aquí mismo regalamos tres veces la totalidad de la revista a la biblioteca y nunca la encontrabas, porque se la robaban.

La historia de todo lo que nos pasó por encima es sumamente interesante. Angélica Bautista, Karla Y. Covarrubias y Ana B. Uribe obtuvieron el primer premio nacional que la Universidad de Colima ganó en su historia, aquí están las tres... Pero ¿no eran las que no leían nada? Y hay más, ha habido más y habrá más.

Si uno aprende a confiar, a escuchar, a dialogar con la gente, los resultados siempre son mejores. Lo he dicho y lo digo: mis mejores alumnas, de mi vida total de la universidad, son de aquí, mujeres todas. Andan en chinga porque trabajan y órale, órale, a las mujeres se les deja más para que tengan práctica. “Apláudanles”, ésa es la ecología a la que nos enfrentábamos, cuando, por ejemplo, Ana B. Uribe se fue a su beca, una beca *chunda* que le dieron en São Paulo, a estudiar a un lugar donde ni el idioma hablaba, ahora sí. “¿Cómo que la dejan ir?” me dijeron, pues Ana coordinaba la revista. Es decir, es mucho más fácil formar incondicionales esclavas que formar gente inteligente que quiere crecer y necesita hacerlo, porque necesitamos crecer como universidad. Pero si nos hubiéramos dejado pues ahí estaría en su escritorio. Ahí está otra vez: otro premio nacional.

El trabajo de Lupita, de Karla, de todo el grupo, de la generación FOCyP, que es una labor que vale mucho la pena, hubiera sido impensable sin la revista, porque nos dio muchas experiencias: nos dio disciplina, nos dio

habilidades. Todo mundo pasó por ahí: traduciendo, haciendo reseñas, coordinando; ahora veo al Consejo Editorial de la revista y son sus redes, sus *compas*, su gente, con la que podemos hacerla que dure, esto es un garbanzo de a libra.

Me encanta la idea de celebrar y de compartir la importancia de que, a pesar de lo que se diga, ciertamente hay sueños que son imposibles de soñar, si no se sueñan bien; y los sueños sin trabajo –que fue un lema que sacamos poco a poco a base de *madrazos* en la universidad–, sí, no hay imposible que no pueda ser soñado, el que quieran de los sueños, pero no basta soñar, hay que *chingarle*, hay que *tupirle*. El trabajo es lo fundamental; pero no vamos a poder trabajar si no nos organizamos, aprendiendo a escuchar, a oír a los que no tienen todavía la voz muy fuerte; hasta a esos hay que escuchar, hay que aprender a hacerlo. Uno aprende a escuchar más cuando comparte la carga con el otro. Por eso, estoy encantado y a esta universidad, a esta Facultad, a este CUIS, a esta gente que trabajó y sudó con nosotros, yo les doy, de corazón, las más profundas gracias.